

039. La Iglesia es visible

La Iglesia hoy, como siempre, es atacada por todos cuantos se oponen al Reino de Dios. Y las peores armas que se emplean contra ella no son las espadas o las balas, sino la mentira y la calumnia, sobre todo cuando provienen no de enemigos externos, sino cuando nacen de enemigos internos, de hijos suyos que han fallado en la fidelidad a Jesucristo.

Una de esas mentiras que hoy están haciendo mucho mal es el decir de muchos:

- *Yo estoy conforme con la Iglesia y la quiero; pero no estoy conforme ni quiero a la Iglesia institución.*

En esta palabra *institución* está la clave del error moderno.

Muchos quisieran una Iglesia que no es la que soñó y fundó Jesucristo. Ellos quieren una Iglesia invisible de corazones, una sociedad puramente espiritual de fe y de amor, una sociedad que no se manifiesta externamente.

De este modo, sobran los Sacramentos, sobran los templos, sobra el culto organizado, sobra, de un modo especial, la jerarquía de la Iglesia, y sobran por eso mismo las leyes con que se nos gobierna.

Para esa manera de pensar, habría bastante con unas comunidades de base, formadas libremente, y con una conciencia que acepta el Evangelio a la propia medida y al gusto de cada uno.

¿Es ésta la Iglesia que quiso e instituyó Jesucristo? Ciertamente que no.

Jesucristo quiso una Iglesia compuesta de hombres y para los hombres. Por eso la quiso visible, que la conocieran todos, que estuviera patente a los ojos de todos y que el mundo entero la pudiera distinguir, en especial por la Jerarquía que le puso al frente para darle seguridad, estabilidad y perpetuidad.

Un Papa del siglo diecinueve recibió en audiencia a un sabio protestante, y le preguntó cordialmente y con algo de ironía:

- *¿Qué tal? ¿Qué le ha parecido la Basílica de San Pedro en el Vaticano?*

El interrogado dio una respuesta que dan muchos cuando la ven por primera vez:

- *Santidad, debo decirle la verdad. Al mirarla desde la entrada miré un edificio colosal, que me dejó abrumado, pero no me atrajo especialmente. Sin embargo, al entrar, al recorrerlo y al someter a examen todas sus partes, me quedé asombrado de tanta maravilla* (Gregorio XVI)

El Papa sonreía maliciosamente, y repuso:

- *Esto es lo que pasa con la Iglesia. Si quiere conocer a la Iglesia no se detenga en la entrada. Procure conocer la Iglesia Católica por dentro.*

Jesucristo es el fundamento de su propia Iglesia, pero, al ausentarse de nosotros visiblemente para irse al Cielo, la constituye sobre una roca visible: sobre Pedro —roca, piedra— y los Apóstoles. Le da una Jerarquía con autoridad:

- *Id, predicad. Enseñad a guardar todo lo que yo os he mandado. Quien a vosotros escucha me escucha a mí, y me rechaza a mí quien os rechaza a vosotros.*

Jesucristo no pudo ser más claro: quiso Magisterio y Autoridad en su Iglesia.

Y el Espíritu Santo, guía de la Iglesia, la ha llevado siempre por caminos visibles y bien conocidos.

La Doctrina de la Iglesia es clara, patente a todos, enseñada con autoridad, refrendada siempre por un Magisterio que la custodia sin permitir un error.

Los Sacramentos que Jesucristo dejó como conductos ordinarios de la Gracia los ven todos y todos los comprueban. No hay nada oculto, todo se hace a la luz del sol.

El culto, que nace del Espíritu y brota del corazón, se manifiesta en la Liturgia oficial, en los templos, en las fiestas, en todo lo que une a la Comunidad.

Esta Comunidad eclesial es, con la comparación del mismo Jesús, la *ciudad colocada sobre el monte, contemplada por todos y que no se puede ocultar...*

Por fortuna nuestra, Jesús se encargó de decirnos bien a las claras lo que era su Iglesia: es algo que todos los hombres pueden ver para que todos corran a ella en busca de la salvación.

Con la Iglesia, Cuerpo de Cristo, pasa lo mismo que con Jesucristo cuando vivía entre los hombres.

Nadie veía en Él a Dios, pero Dios estaba en Jesús y Jesús manifestaba a Dios. Quien veía a Jesús corporalmente, veía al Padre invisiblemente.

La Iglesia de Cristo es así: el cuerpo visible del Cristo invisible.

En la Iglesia vemos a Jesucristo y sentimos su acción.

Por eso, alejarse de la Iglesia es alejarse de Jesucristo.

Decir que se está con la Iglesia de Jesucristo, pero no con la Iglesia “*institución*”, es un error demasiado peligroso.

Habrán cosas humanas en el elemento humano de la Iglesia que quizá no nos gusten. Pero, a pesar de los fallos humanos, Jesucristo está y actúa en su Iglesia, que sólo al final de los tiempos llegará a su perfección definitiva.

Nosotros, que creemos en la Iglesia y la amamos, queremos ser el reflejo visible de ese Cristo invisible que es su vida. Quien nos mira, ve en nosotros a la Iglesia, ve por nosotros a Cristo, y por el Cristo que se refleja en nuestro ser, ve al Padre...